

## “Distinguidas Historias”

661-843

Por Ignacio Valente

Editorial “Gabriela Mistral” nos alegra hoy con la publicación de una obra póstuma de Enrique Bunster, ese notabilísimo narrador y cronista, que en nuestro país y en nuestro tiempo sólo puede compararse a Edwards Bello, por una común ligereza de espíritu, por un agudo sentido crítico de la vida nacional, que ambos compartieron, y por su amor grande a Chile, que ambos guardaban bajo su acidez y que fue, en uno y otro, la verdadera raíz de su espíritu crítico. No vemos asomarse en las generaciones nuevas a nadie que tenga el talento, la prosa, la agudeza y el sentido del humor de estos dos cronistas, que hicieron grande un género menospreciado a veces como menor. Todos quieren ser poetas y novelistas, pero faltaría algo importante a nuestra literatura si por desgracia no tuvieran descendencia entre nosotros estos dos grandes escritores que compartieron la difícil zona limítrofe entre la creación literaria y el periodismo.

Lo único que no me gusta de este libro póstumo es su título, *Distinguidas historias*, que tiene algo siútico y simplón. ¿Qué es eso de “distinguidas”, palabra protocolar ya estropeada por los usos más convencionales? Apostaría que el título no fue obra del propio Bunster, demasiado “distinguido” para auto-proclamar esa calidad en sus historias.

Pero una vez sorteado este obstáculo, nos esperan las crónicas más sabrosas y finas, entretenidas y agudas, por las que asoma un Chile distinto de nuestras visiones convencionales. Una buena parte de estas páginas está destinada a revivir episodios y personajes de la guerra del Pacífico. Otras tantas se dedican a

personajes chilenos que hoy apenas recordamos, o que simplemente desconocemos —hombres de letras, de ciencias, aventureros, industriales—, de esos hombres cuyo talento, por desgracia, escasea cada día más entre nosotros. No sabemos lo que fuimos, parece decirnos Bunster, sin que en esta afirmación haya nada de nostalgia sentimental, nada de “todo tiempo pasado fue mejor”, sino una simple exposición de hechos, la mayoría desconocidos por una generación —la actual— que no posee su temple ni su espíritu de aventura, sino que vive con las alas caídas, víctima de la falta de imaginación, del espíritu burocrático y de las convenciones. Se recordará que esta misma tesis fue defendida también, en forma irrefutable, por Edwards Bello, que estudió minuciosamente sus causas y se aterró un poco, como Bunster, de sus consecuencias.

Sería realmente estúpido suponer que esta actitud crítica signifique poco amor a la patria o pesimismo. Hay un optimismo ingenuo y ramplón, un patriotismo ciego e ignorante, que exige aprobar siempre lo nuestro, lo nacional, lo presente, con los ojos cerrados. Por el contrario, los mayores amantes de su tierra y de su nación han sido generalmente sus más acerbos críticos, como ya demostró, en un alegato brillante, el propio Chesterton. Alabar nuestras mediocridades no es patriotismo: desnudar nuestras miserias lo es en un grado superlativamente mayor, justamente porque se quiere lo mejor para el país. Hace ya muchos años que el nuestro vive de frustraciones, después de haber perdido sus mejores posibilidades históricas, en manos

de una caterva de demagogos, de burócratas, de parásitos, clima donde la floración de algunas pocas individualidades tocadas por el aliento del genio llegan a ser impotentes por la chatura del medio.

Pero temo que con esta consideración, apenas latente y velada en un libro tan narrativo y poco amonestador como éste, nos desviemos del tema. Lo que se lee en esta obra son simples relatos, no sólo verosímiles sino auténticamente verídicos, escritos en esa prosa ligera y fácil del autor. Los temas pertenecen casi todos a nuestra *petite histoire*: son esas anécdotas, plumazos, fisonomías y relatos que a menudo, por la vía de lo concreto, dicen más del país y sus personajes que un auténtico tratado de historia general. Hay una observación de Bunster que, *mutatis mutandis*, se puede aplicar muy bien a su propio libro: “Para el estudio de una vida ilustre no existe elemento documental más precioso que la correspondencia privada, esos papeles escritos al correr de la pluma, improvisados y desprovistos de afectación y vanidad, donde el alma del personaje se muestra tal cual es, o casi. Un paquete de cincuenta cartas de don Rafael Sotomayor a su esposa, que un amigo gentil puso en mis manos, me enseñó más que una biografía sobre el ministro en campaña en la guerra del Pacífico”.

No se piense que todas estas crónicas se fundan siempre en la correspondencia privada. Con esta cita quiero sólo subrayar hasta qué punto Enrique Bunster rehuía las generalizaciones, los asertos abstractos, la investigación de las grandes causas de los acontecimientos, para fijar su ojo de lince —la mirada del

corazón— en el detalle humano, menos probativo, pero más revelador; en la anécdota, donde se revela el alma de un personaje o el sentido de una costumbre —o aún el espíritu de nuestra nacionalidad— con la certeza propia de la literatura, que tiene sobre otras modalidades científicas de encarar los hechos el gran privilegio de la concreción. Bunster no nos abruma con datos; se ha documentado muy bien, qué duda cabe, pero del documento, quizás farragoso y mudo y extenso, ha extraído la justa dimensión humana, el pormenor significativo, la anécdota reveladora, el rasgo pintoresco. El cuadro que así resulta de cada crónica es esencialmente fragmentario, pero no sólo más ameno sino también más revelador que muchas panorámicas donde el hombre y su obra resultan desvaídos, imprecisos.

Con la muerte de Enrique Bunster perdemos a uno de nuestros grandes cronistas de este siglo. Yo recomendaría su lectura no sólo a quienes quieran entretenerse —que lo conseguirán por añadidura, y en alto grado—, sino a los que quieran captar en vivo lo que es una buena prosa, simple, espontánea, viva; y también a los que quieran conocer la clase de individuos que dio en otro tiempo nuestro país, cuando teníamos más imaginación y cuando el espíritu de aventura no se había desnaturalizado en estériles demagogías y sueños utópicos, sino que se realizaba en forma casi inconsciente, haciendo héroes que nunca se sintieron tales, y poniendo los fundamentos de una grandeza que más tarde ha disminuido sus horizontes en manos de esos terribles enemigos nuestros —los complejos nacionales— que todavía nos atentan.